

## La conquista de la libertad

Jacques Maritain\*

La persona humana es un gran misterio natural. El espíritu es la raíz de la personalidad. En cada uno de nosotros la personalidad y la libertad crecen juntas. Porque el hombre es un ser en movimiento. Es ejerciendo su libertad que gana su libertad. Desde el comienzo hasta el fin es la verdad lo que lo libera.

Hay para nosotros dos conquistas de la libertad, que corresponden a lo que hay de temporal y a lo que hay de eterno en nosotros, y que deben realizarse juntas. La primera concierne a la libertad como emancipación social y política: la segunda concierne a la libertad como liberación interior y espiritual.

La primera clase de libertad consiste ante todo en llegar a ser, en condiciones históricas dadas, tan independiente como sea posible de las constricciones de la naturaleza material. Si la persona logra ser tratada como tal en la vida social, ello es debido principalmente al desarrollo del derecho y de las instituciones de derecho. Pero ello es también debido, e indispensablemente, al desarrollo de la amistad cívica. Para la verdadera Ciudad de los derechos humanos, la fraternidad es el fin de una conquista lenta y difícil que exige la virtud y el sacrificio y una perpetua victoria del hombre sobre sí mismo. En este sentido se puede decir que el ideal heroico hacia el cual tiende una verdadera emancipación política es la inauguración de una ciudad fraternal.

En cuanto a la segunda especie de libertad, aquella que dice relación con la libertad interior y espiritual, el misterio aquí consiste en que esta supera la libertad; esta suprema independencia del hombre es ganada por la suprema realización espiritual de su dependencia, digo de su dependencia de un Ser, que, siendo la vida misma, vivifica, y siendo la libertad misma, libera a todos los que participan de su esencia. Los hombres que han llegado a ser algo de Dios participan de la libertad de Aquel a quien nada puede contener. La verdadera deificación del hombre consiste en abrirse al don que el Absoluto hace de sí mismo y al descenso de la plenitud divina en la creatura inteligente. Todo esto es obra del amor. Al mismo tiempo, lejos de cerrarse en una contemplación totalmente intelectual que se separe de la acción, esta libertad de que hablo vive de una contemplación, que, por proceder del amor, abunda en acción y penetra en las profundidades del mundo. El heroísmo que ella implica no se retira a lo sagrado; se expande a lo profano y lo santifica, despierta progresivamente la buena voluntad y el amor fraternal.

---

\* Artículo publicado en noviembre de 1945, en el año I, edición N° 5, de la Revista Política y Espíritu.

Las dos conquistas de las cuales acabo de hablar están fundadas en la dignidad y en la vocación de la persona humana. Todo esto, el reconocimiento de la dignidad humana, el movimiento de la humanidad hacia su emancipación social y política, y su movimiento hacia la perfecta de los que conocen el espíritu y el amor, todo esto está ahora en peligro. Si los poderes totalitarios ganan el mundo, no serán estos poderes, sino la desesperación lo que habrá ganado el mundo por largo tiempo.

La persecución del progreso material ha conducido a la humanidad a cambios extraordinarios –algunos nobles y gloriosos- en las condiciones de nuestro mundo. Lo que ha introducido un principio de muerte en este gran movimiento histórico, y ha alimentado la revolución destructiva que afrontamos hoy día, es una falsa filosofía de vida. La causa profunda era de metafísica y religiosa. Es el hecho de que el poder creador del hombre se ha encontrado ligado al repudio de sus raíces en la naturaleza, en el espíritu y en Dios. Desde entonces, la transformación y la posesión de la materia debían llegar a ser para él la única realización última que le fuera posible.

Una renovación fundamental, una revolución auténtica, es decir un cambio en los fines mismos y en los fines últimos de la conducta humana es ahora necesario. El actual estado del mundo no puede ser comprendido sino en términos apocalípticos. No entenderemos nada de los males que sufrimos en tanto que no comprendamos que estamos pagando la falsa filosofía de la vida, que ha comprometido los mejores progresos de nuestra civilización y que ha pervertido la imagen del hombre en nosotros. Esta falsificación de la imagen del redentor del hombre. Así falsos profetas y falsos salvadores debían surgir, que al mismo tiempo expresan, llevan hasta a un último grado y castigan, los males que desde hace siglos están en acción en la historia humana. Tales pseudosalvadores harán estragos y devastarán los pueblos hasta que la capacidad del mal sea llenada y hasta que los pueblos comprendan. Entonces, en un cerrar de ojos, se esfumarán como una mosca muerta, como una paja al viento.

La revolución del nihilismo será vencida, no solo la sola voluntad de conservar lo que ya se posee, pero por la voluntad de construir un mundo nuevo, una nueva civilización, una nueva república, una verdadera ciudad de los derechos humanos. En el orden social como en el orden espiritual la faz del mundo está cambiando; el problema para los pueblos libres es de conducir este cambio, y de conducirlo hacia la libertad. La cuestión para los pueblos libres es tomar la iniciativa de una revolución que devolverá en plenitud de su sentido –un sentido originalmente cristiano y que deriva del evangelio- a las tres grandes palabras de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que leemos hoy día con una emoción desgarradora en el frontis de la Francia Libre. En la lucha sin misericordia entablada con la esclavitud nazi, no es solamente tanques y aviones, sino también una nueva Declaración de Derechos lo que el mundo necesita.